

# BOLETIN DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA DE COLOMBIA

(ACADEMIA DE CIENCIAS GEOGRAFICAS)

VOLUMEN X — SEGUNDO TRIMESTRE DE 1952 — NUMERO 2



## CONTENIDO:

La Sociedad Geográfica honra al Dr. Jorge Álvarez Lleras.  
JORGE ALVAREZ LLERAS, por Manuel José Forero.  
Discurso del General Julio Londoño.  
Discurso del doctor Belisario Ruiz Wilches.  
AL PROFESOR, por Julio Carrizosa Valenzuela.  
Algunos escritos geográficos por Jorge Álvarez Lleras.  
EL CHOCO, por Jorge Álvarez Lleras.

**SEDE: OBSERVATORIO ASTRONOMICO NACIONAL**

Carrera 8ª, número 8-00 — Apartado número 25-84

Bogotá, Colombia

## ALGUNOS ESCRITOS GEOGRAFICOS DE JORGE ALVAREZ LLERAS

### GENERALIDADES SÓBRE EL CHOCO

Geográficamente hablando, el Chocó se extiende desde el delta del río Atrato en el golfo de Urabá, hasta la desembocadura del San Juan en el Océano Pacífico, desde la cordillera Occidental que lo separa de Antioquia, Caldas y el Valle, hasta el mar de Balboa. Del Chocó se puede decir con propiedad que tiene costas sobre ambos mares, y que geográficamente se encuentra como avanzada de Colombia en frente al Canal de Panamá, y como homólogo, bajo el mismo punto de vista, de Costa Rica y América Central. Una simple inspección del mapa hace concebir las más halagadoras ilusiones respecto del Chocó, pues allí aparece colocado en una posición tan ventajosa que ha entusiasmado en Europa a eminentes estadistas y ha hecho decir a un discípulo aventajado de Reclus, que el río Atrato guarda semejanza tentadora con el Nilo vis a vis del Canal de Panamá, lamentando, por supuesto que en el Darién no exista El Cairo, ni al remontarse el Atrato pueda uno dar con los recuerdos de Menphis o de Tebas.

Desde tiempo inmemorial ha llamado la atención la poca altura del Istmo de San Pablo que forma el divorsium aquarum entre el Atlántico y el Pacífico, para constituir por allí una navegación interoceánica que termine por una parte en Istmina sobre el río San Juan, y por otra sobre el río Quito, tributario del Atrato, arriba de Quibdó.

Además de esta circunstancia, no se ocultó a los exploradores la facilidad de comunicación entre el Atrato y el Océano Pacífico por Bahía de Cupica o la ensenada de Utría, pues, comparándola con el macizo de la Cordillera Occidental, la línea de crestas que separa las aguas del río Atrato, de las que van directamente al Pacífico, es insignificante.

Geográficamente, pues, el Chocó aparece colocado en posición privilegiada respecto de otras regiones del país, y de seguro que contará hoy con elementos de cultura superiores a los de Cuncinamarca o Boyacá, si el clima fuera medianamente sano para los pobladores de raza blanca. •

Al hablar de sanidad del clima en el Chocó se incurre en un error que es preciso aclarar una vez por todas, pues si bien se miran las cosas, y comparando con iguales circunstancias del Carare, el Opón y el Catatumbo, etc., el clima del Chocó no puede ser considerado como extraordinariamente malsano.

En nuestro concepto, no son las enfermedades endémicas en el Chocó la causa de su inhabitabilidad, pues ellas figuran en todos los tratados médicos de las notabilidades que se han ocupado del paludismo y de la uncinariasis en la hoya del Magdalena, en el Valle del Cauca, en Cúcuta, en Antioquia, etc., etc.; lo que probablemente ha hecho poco habitables, al igual que las costas del Pacífico por Tumaco y Barbacoas a las regiones chocoanas, es la excesiva precipitación acuosa que hace imposible, en gran parte, cualquier laboreo de las tierras con propósitos agrícolas.

Júzguese de esto comparando la precipitación anual en la Sabana de Bogotá, o en cualquier lugar de las vertientes cafeteras sobre el Sumapaz o el Río Negro, con la cantidad media de lluvia que cae en el Chocó anualmente.

En el año de 1910 el pluviómetro registró en Bogotá algo más de metro y medio de precipitación anual, cuando se sucedieron la inundación de la Sabana y la destrucción de las comarcas agrícolas de Ubaté. En un año de máxima lluvia de que se tenga noticia desde 1810 para acá, cayó en la Sabana la cantidad máxima maximorum de 1 m. 70 que se registra como algo anormal en toda la época meteorológica estudiada por don Juan de Dios Carrasquilla. Ahora bien, en el Chocó llueve normalmente, según cómputos fidedignos, algo así como diez metros por año! Júzguese por ahí de la humedad de ese clima esencialmente tropical. Oigamos a una autoridad en la materia, que nos ilustra sobre este punto con pluma maestra. Hablando del régimen de lluvias torrenciales predominantes en el Chocó decía el sabio Caldas:

“Llueve la mayor parte del año. Ejércitos inmensos de nubes se lanzan en la atmósfera, del seno del Océano Pacífico. El viento oeste que reina constantemente en estos mares, las arroja dentro del continente; los Andes las detienen en la mitad de su carrera. Aquí se acumulan y dan a esas montañas un aspecto sombrío y amenazador; el cielo desaparece; por todas partes no se ven sino nubes pesadas y negras, que amenazan a todo viviente. Una calma sofocante sobreviene; este es el momento terrible; ráfagas de vientos dislocadas arrancan árboles enormes; explosiones eléctricas, truenos espantosos; los ríos salen de su lecho; el mar se enfurece; olas inmensas vienen a estrellarse sobre las costas; el cielo se confunde con la tierra y todo parece que anuncia la ruina del universo. En medio de este conflicto el viajero palidece, mientras que el habitante del Chocó duerme tranquilo en el seno de su familia. Una larga experiencia le ha enseñado que

los resultados de estas convulsiones de la naturaleza son pocas veces funestos; que todo se reduce a luz, agua y ruido, y que dentro de pocas horas se restablece el equilibrio y la serenidad".

Esta pintoresca descripción es verídica en todas partes, y sólo falta agregar a ella alguna breve noticia sobre lo que ocurre en las cimas de la Cordillera Occidental y en las vertientes que derraman sus aguas en los ríos chocoanos.

Allí no ocurren sino con rarísimas excepciones, los grandes aguaceros que impresionaron al sabio inventor del hipsómetro por su régimen tempestuoso. Lo que predomina en las faldas occidentales de las cadenas de montañas que separan el Valle del Cauca de la región del San Juan es el régimen de humedad absoluta condensada en la atmósfera en forma de vesículas acuosas que flotan a merced del viento y constantemente se depositan sobre la superficie de los objetos empapando cuanto tocan.

En aquellas comarcas reinan las nieblas perpetuas que mojan la vegetación escasa y apropiada al clima, como lo son las algas y fucus que crecen en el fondo del mar. Por doquiera contempla el viajero, asombrado de tanta humedad, los arbustos acuáticos cubiertos de espesos líquenes y musgos colgantes que constantemente chorrean agua y humedecen el humus constituido por la hojarasca podrida. Esta hojarasca descansa sobre la arcilla ablandada y lista a permitir el escurrimiento de los pocos árboles que logran prender un raigambre medio estable en aquella costra descompuesta y esencialmente apropiada a la formación de grandes depósitos de turba.

Quien se arriesga a penetrar en la selva humedecida por los inmensos cúmulos que suben de la planicie y se asientan sobre la cordillera, a una altura de 800 a 1.000 metros sobre el nivel del mar, corre riesgo de contraer todas las afecciones catarrales que acarrea la permanencia del cuerpo dentro del agua. El viajero que se asombra de cómo el psicrómetro indica casi constantemente humedad absoluta y que tiene ocasión frecuente de observar el fenómeno del halo propio de los páramos altísimos de la cordillera central, a una altura de 800 metros, experimenta en su equipaje las consecuencias de ese clima más húmedo que el del Africa Ecuatorial.

Todo se daña a causa de la humedad que corroe los objetos de hierro en pocos días, que pudre el cuero y descompone los tejidos de lana y algodón. En dos o tres días los zapatos colocados al abrigo de la llovizna, bajo el rancho y cerca del fuego, se cubren de espesa capa de moho. Para fumar un cigarrillo es preciso primero tostarlo en la lumbre, y para conservar la sal se necesitan vasijas herméticamente cerradas. En la región de "Peladeros", en el camino de Cartago a Nóvita, para poder hacer fuego es indispensable el hallazgo de cierto palo esencialmente resinoso que prende a pesar de estar cubierto por espesa capa de musgo podrido.

Evidentemente en tales condiciones climatológicas es imposible de todo punto cualquier laboreo agrícola. Si algún colono antioqueño se ha arriesgado a descuajar un rincón de la selva, aun en las partes bajas, donde la vegetación está menos mojada, tiene que esperar a que los troncos caídos se pudran completamente para intentar la siembra de un pasto repleto de agua, como el gramalote, que le dé la ilusión de una dehesa levantada en forma.

Alguien diría que el descuaje de la fraga espesa traerá como consecuencia la cesación de este estado meteorológico, mejorando las condiciones de humedad antes descritas, pero en esto hay un error semejante al que se cometería atribuyendo el arrastre de arenas del Magdalena al laboreo de las minas de Santa Ana, o los movimientos sísmicos de los Andes a las infiltraciones producidas por recientes trabajos de corte en el camino de Túquerres a Baracoas.

Efectivamente el hombre carece de elementos para modificar siquiera adjetivamente aquellas condiciones naturales cuya existencia presupone la acción de fuerzas enormes y el movimiento de masas avaluables en millones de toneladas.

Como se verá adelante, la causa de las lluvias torrenciales del Chocó reside en el mecanismo térmico que produce los vientos alisios reinantes en la proximidad del Ecuador. Tal causa depende de la ascensión de las masas aéreas caldeadas por el sol en los trópicos, con movimiento anual doble de uno a otro hemisferio, añadiendo las modificaciones consiguientes, debidas a la forma local de las cordilleras y de las costas. En el capítulo consagrado al estudio de la Meteorología del Chocó, se dará cuenta sucinta de este tópico.

Siendo, pues, enteramente estables las condiciones climatológicas antes descritas, conviene saber cómo deben explotarse los territorios chocoanos de modo racional y sin que se malogren los esfuerzos individuales de los colonos.

Según se dijo, la zona de nieblas perpetuas principia a una altura media de 800 a 1.000 metros sobre el nivel del mar, pudiéndose decir que toda la región de la Cordillera Occidental expuesta a los vientos predominantes del Chocó, que tienen una dirección general de occidente a oriente, está en las condiciones descritas de humedad y llovizna permanentes. Es allí, por tanto, casi imposible la colonización agrícola, pudiéndose considerar las faldas occidentales de la cordillera, desde los cerros de Tatamá hasta los Chancos, y desde la Serranía de los Paraguas hasta el cerro de Caramanta, como lugares de tránsito y sitio solo aceptable para localización y desarrollo de las vías que se construyan para unir a Antioquia, Caldas y El Valle con el Chocó.

Todo lo contrario puede decirse de las estribaciones de estos mismos cerros y cordilleras que miran hacia el Oriente, y en donde el clima aunque húmedo, se presta a los trabajos agrícolas.

Allí las estaciones lluviosas y secas están tan bien definidas, como lo son en todo el Valle del Cauca y en el cañón del mismo río hasta el Magdalena.

Por esa circunstancia la colonización antioqueña de esa región ha avanzado rápida y fructíferamente, faltando solo una acción activa y eficaz del gobierno para que los pobladores de raza blanca invadan totalmente los innumerables valles y repliegues colonizables del oriente de la Cordillera, sembrando cultivos que, como el café, resultan allí de primer orden.

Abonan nuestro aserto las poblaciones de Huasanó, Naranjal, Betania, Versalles, Argelia, Albán o El Silencio, La María, El Aguila, Pueblo Rico, etc., e infinidad de caseríos y poblados donde los moradores antioqueños prosperan a ojos vistas, y surten al mercado del Valle de frutos valiosos de consumo local, o de productos de exportación. De Albán tan solo, se exportan varios miles de arrobas por año de café, que hace competencia al Medellín y se vende en Nueva York como de primera calidad.

Claro está, pues, que en aquellas regiones el gobierno puede desarrollar un amplio plan de concurso oficial a la iniciativa de los particulares, abriendo muchos caminos que comuniquen a las poblaciones entre sí con el Valle, Caldas o Antioquia, y construyendo dos o tres vías principales que unan los centros de producción agrícola a los de consumo del Chocó.

Para concretar decimos que las faldas orientales de la Cordillera Occidental, con sus múltiples ramificaciones, valles secundarios, etc., etc., son de porvenir agrícola y merecen especial atención por parte de los directores de la cosa pública.

No se puede decir lo mismo de las vastas regiones que miran hacia el Occidente y que sufren la condensación de los vientos reinantes en el Chocó. Tales regiones estarán durante muchos años al abrigo de la conquista del hombre, y merecen mención solo porque por ellas se pasa a la llanura inmensa que riegan, hacia el Sur, el San Juan y sus afluentes, y hacia el Norte los ríos que afluyen al Atrato para llevar sus aguas al Darién.

Esta llanura o planicie, algo accidentada, aunque ligeramente, en algunos puntos (con excepción del Cerro de Torrá, que merece capítulo aparte y es un fenómeno geográfico digno de estudio), se extiende hasta las pequeñas eminencias o cordilleras que la separan del mar Pacífico y son el obstáculo puesto por la naturaleza para que no sean otros tantos rivales de las vías interoceánicas del Istmo de Panamá las muchas corrientes de agua que fluyen hacia el Pacífico y podrían comunicarse fácilmente con afluentes del río Atrato.

Cubierta de bosques inmensos, surcada por numerosas corrientes de agua que se explayan formando ciénagas en algunas partes, y sometida a un calor tropical que fomenta el desarrollo del mosquito, la parte plana del Chocó es palúdica, y solo se pue-

de explotar agrícolamente por los pobladores de raza negra que la previsión española importó de climas similares del Africa ecuatorial. Las vegas del Tamaná, del Sipí, del Garrapatos, para no citar otras, son muy apropiadas para aquellos cultivos que necesitan lluvias abundantes y una temperatura bastante alta. El arroz sería el producto ideal de aquellas tierras que precisamente consumen hoy grandes cantidades del grano introducidas de Norte América.

En nuestro concepto, la agricultura de las partes bajas del Chocó podría desarrollarse muy ventajosamente a pesar del régimen pluviométrico tan abundante de que dimos noticia si no fuera porque la abulia oficial de la república ha permitido la casi extinción de la raza negra, de la cual quedan aún en el Chocó magníficos ejemplares.

Si hoy vivieran las grandes colonias de negros que los españoles supieron dirigir y cuidar intensivamente, es posible que inmensos arrozales y plantíos de caña y plátano se extendieran por donde el viajero sólo encuentra altísimos jarales, guarida de sierpes ponzoñosas. Y esto es claro, porque no habiendo variado las condiciones geográficas y climatéricas del Chocó desde el tiempo de la Colonia, las corrientes migratorias de los pobladores de raza blanca han corrido hacia climas más benignos para llenar las cumbres de pueblos y caseríos como los anotados atrás, dejando abandonadas las feraces pero mortíferas vegas que los españoles poblaron de africanos vigorosos y aptos para duros trabajos en los trópicos.

Estos trabajos consistían entonces en el laboreo de las minas de oro, rivales del Potosí peruano, y que dieron al Chocó la fama de que aún goza.

En esos tiempos lejanos el oro se extraía a manos llenas de los depósitos aluviales del alto San Juan y sus afluentes, y para extraerlo habitaban la región muchos negros que también talaron los bosques y sembraron cultivos apropiados, pero que, sobre todo, necesitaron el concurso de las regiones esencialmente agrícolas, como el Valle del Cauca, que los proveían de alimento.

Así fue como prosperaron los caminos que comunicaban al Chocó con el centro del Virreinato, y como se desarrollaron poblaciones de la importancia de Sipí y Nóvita (la antigua), hoy en ruinas.

Al hablar de la etnografía y de la historia del Chocó trataremos el punto capital, bajo nuestro modo de apreciar las cosas, que ha determinado el estado actual de la raza negra y de sus relaciones con la prosperidad de la región. Allí veremos, cómo esa raza, digna de mejor suerte, valerosa, sufrida y muy capaz, se ha ido extinguiendo sin beneficio propio ni del país.

Este fenómeno de extinción es hoy tanto más sensible cuanto la industria minera promete en el Chocó, mientras dure el auge

del platino, amplias y reconfortantes compensaciones a quienes inteligente y providentemente han afrontado el problema con los elementos del caso.

Al tratar de la extracción del platino y de las compañías extranjeras, veremos cómo el factor de la raza a punto de extinguirse ha sido decisivo en lo que respecta a la ocupación del capital colombiano en la explotación de una riqueza que se nos escapa de entre las manos. ¿De quién la culpa?

Ciertamente es interesantísima una región como el Chocó, en donde se presentan problemas muy delicados de colonización, penetración y desarrollo propios, cuando poderosas compañías extranjeras asientan sus reales y amenazan hacerse a la propiedad exclusiva del suelo. Y esto precisamente en los momentos de expansión del comercio internacional por el Canal interoceánico del istmo de Panamá, que parece ya demasiado estrecho y busca su reemplazo por otras vías de más económica explotación a través del territorio colombiano. Para poder acometer la obra de colonización que sea la salvaguardia del dominio nacional en el Chocó, debemos confrontar las inmensas dificultades que hay para ello por causa del aislamiento geográfico de la región y por las condiciones climáticas a que nos hemos referido. La empresa no parece cosa fácil, teniendo en cuenta todos estos factores, y por eso se deben estudiar los diversos aspectos del problema por técnicos avezados, procurando que el gobierno, al intentar la obra anhelada, siga un sistema y se someta a un método.

Talvez sería mucha presunción de nuestra parte el forjar para estos apuntes un programa que cumplidamente llenara la deficiencia de información que se nota en el interior de la República respecto del Chocó, programa vastísimo y de difícilísimo desarrollo, pues muchos años de estudio necesitaría quien pretendiera hacer la monografía completa de una de las porciones más ricas e ignoradas del territorio patrio.

Empero, no sea esta consideración obstáculo en esta breve reseña de ordenar los elementos de información que poseemos en capítulos, al tenor siguiente:

Historia y geografía del Chocó. — Estudio etnográfico de la región y observaciones sobre el territorio, su clima, su geología, etc. — Análisis económico de la industria minera en el Chocó. — Las Compañías extranjeras explotadoras del platino. — Vías de comunicación al Chocó. — El Chocó y las vías interoceánicas, etc., etc.

Algo semejante a un libro quisiéramos formar con el material así dispuesto, si contáramos con capacidades para ello. La materia da para mucho: falta sólo el operario.



## BREVE RESEÑA HISTÓRICA Y ETNOGRÁFICA

### SOBRE EL CHOCO

Antes del arribo de los conquistadores, cuatro agrupaciones indígenas bien distintas por la diferencia de sus dialectos, habitaban las costas del golfo de Urabá, el Atrato, el San Juan, el Baudó y las costas del Pacífico. Estas agrupaciones indígenas se llamaban del Darién, de Citará, de Noanamá y del Chocó. Para los conquistadores fue prevaleciendo poco a poco esta última designación, que se extendió a la postre a toda la región comprendida entre el Pacífico y el Atlántico, al occidente de Antioquia, Caldas y el Valle. Hoy día corresponden a los sitios donde radicaban sus bohíos las citaraes y los noanamaes, las poblaciones de Quibdó, capital de la Intendencia, y de Noanamá, pueblo casi totalmente arruinado.

Los viajeros que recorren el territorio de la Intendencia por el San Juan, la Cordillera occidental o las costas del Golfo del Darién, aún encuentran restos de los indios, que semicivilizados recuerdan a aquellas tribus guerreras que tanta resistencia ofrecieron a los conquistadores, destruyendo colonias florecientes y talando los cultivos de los primitivos europeos, quienes, atraídos por el oro, fundaron a Santa María la Antigua, a Nóvita y a Quibdó.

Según cuentan las crónicas, fue Francisco Pizarro el primer español que pisó tierra del Chocó por la Costa del Pacífico, a tiempo o poco después, que Rodrigo de Bastidas desembarcaba en el Golfo de Urabá. En el año de gracia de 1501, Bastidas, en compañía de Juan de la Cosa, tocó tierra del Chocó, y diez años más tarde Alonso de Ojeda fundó hacia la parte oriental del golfo, en sitio que hoy corresponde al departamento de Antioquia, la ciudad de San Sebastián de Urabá. Este golfo dividía entonces las costas de la Nueva Andalucía de las de Castilla del Oro, empezando aquella en el cabo de la Vela, y terminando ésta en el de Gracias a Dios.

Por dificultades anexas a toda colonización en aquellas costas insalubres, los colonos abandonaron a San Sebastián y se es-

tablecieron creyendo mejorar de circunstancias, en una de las bocas del río Grande del Darién, llamado luego por los ingleses y holandeses que hacían contrabando en las regiones más ricas de Nueva España, río Atrato. En aquel sitio el Bachiller Enciso fundó a Santa María la Antigua del Darién (Véase la nota al final del capítulo), población que floreció grandemente y a la cual nos referimos más adelante, cuando nos ocupemos de un paralelo oportuno que puede hacerse entre las administraciones del Chocó en tiempo de la Colonia y lo que ocurre hoy bajo el poder de la república.

De Santa María la Antigua, erigida oportunamente en sede episcopal (la primera del Continente) salieron los expedicionarios ávidos de riquezas, en busca del ídolo de oro macizo de Dabeiba, el cual no fue sino una de las formas del Dorado que la codicia de los conquistadores imaginaba en cada una de las tierras por conquistar. (Véase la nota al final del capítulo). El jefe Colmenares subió por el río León, y Vasco Núñez de Balboa por el Atrato hasta el Sucio, donde se unieron los jefes para continuar unidos subiendo el Atrato hasta Murindó. Allí la expedición fracasó; dejando para poco después Balboa su descubrimiento del Océano Pacífico o Mar del Sur, que le dió la inmortalidad con mayor prestigio que sus conquistas en el Chocó. Bajo este punto de vista tanto Pizarro como Balboa fracasaron en el Chocó, debiendo solamente su fama, el uno al descubrimiento del inmenso mar que se dilata por un hemisferio, y el otro a la conquista del gran Imperio Inca, rival de los Aztecas, cuyas glorias exaltó en Europa Marmontel con pasión histórica poco aceptable.

Insistimos en hacer valer el nombre histórico del Chocó, para que se note cómo una región donde se fundó la primera silla apostólica de América, donde nació la idea de la conquista del Perú, donde se organizó la expedición que dió lugar al descubrimiento del grande Océano, y donde, como veremos adelante, se ejercitaron los esfuerzos de uno de los primeros organizadores de Inglaterra, yace hoy abandonada, en el estado primitivo en que la hallaron los conquistadores. Cómo se puede explicar este fenómeno que nos desacredita ante el mundo civilizado?

En Santa María la Antigua se perpetró por Pedrarias aquel asesinato jurídico en la persona de Balboa, que por primera vez deshonró a la América del Sur. ¡Triste presagio, en verdad, de lo que debía ser con el tiempo la tierra regada con la sangre del crimen y de la perfidia!

En el año de 1519, los conquistadores, cansados de la inclemencia del clima, de sus luchas con los Caribes y agotados por sus propias discordias, abandonaron a San Sebastian de Urabá y a Santa María del Darién para ir a fundar a Panamá, ciudad de donde salió Pizarro, antiguo compañero de armas de Balboa, para la conquista del Perú.

Hoy no existe ni el recuerdo de estas poblaciones en el ánimo de los indígenas que habitan el norte del Chocó, ni aún encuentra el viajero ruinas que le cuenten gloriosas hazañas de otras épocas, y sobre las cuales pueda llorar como Rodrigo Caro, el insigne cantor de las ruinas de Itálica.

En 1535 el Capitán Julián Gutiérrez fundó otra población cerca del lugar donde estuvo San Sebastián, en las márgenes del río Caimán. En aquel sitio se estableció desde un principio el canje entre el oro que se sacaba del sur del Chocó y las baratijas sevillanas y de Castilla que traían los conquistadores para trocarlas con los indígenas. Dos años más tarde, de este lugar nuevo de San Sebastián partió don Francisco César a su descubrimiento de Antioquia, trasmontando la sierra de Abide. Allí también organizó Vadillo la expedición que debía encontrarse en Anserma Nuevo con las gentes de Belancázar.

Después de penosísimas jornadas penetró Pedro Vadillo, quien había sido Gobernador de Cartagena de Indias, por las montañas de Antioquia, hasta Umbía, donde le llamó la atención el oro que hacía opulento al cacique de Anserma. Pasó luego a Nacor, donde primero halló las huellas de los caballos de Belalcázar, y de allí partió decepcionado hacia Cali, después de una correría tan penosa, que la retirada de los diez mil de Jenofonte puede considerarse como juego de niños al lado de tan épicas hazañas.

Simultáneamente con estos movimientos, el licenciado don Pascual de Andagoya, descubría la bahía de Buenaventura y las bocas del río San Juan, sobre el Pacífico.

Andagoya, que vino con Pedrarias a Panamá, hizo una exploración por las costas del Chocó sobre el mar de Balboa, y obtuvo de la Metrópoli el nombramiento de Gobernador del San Juan, es decir, de la parte de la costa comprendida entre el golfo de San Miguel y el dicho río San Juan. Habiendo salido de Panamá en 1539, llegó a la boca del río Dagua, por donde penetró hasta el Valle del Cauca en Mayo de 1540.

Probablemente a causa de las condiciones climatéricas adversas del Chocó Central, y de las cuales nos ocupamos brevemente en el capítulo anterior, ya estaban fundadas en las costas del Pacífico las poblaciones de Barbacoas e Iscuandé en 1600, y todavía no se habían sometido a los conquistadores las tribus chococanas. En vista de lo irreductibles que eran los indígenas, resolvieron los españoles apoyarse en la conquista espiritual, que fue siempre en esos tiempos, elemento seguro para la fundación de cosas estables, dulcificación de la natural rudeza conquistadora, y fundamento primordial de organización en las Colonias.

Para desarrollar estos puntos de vista, penetraron en el país en el año de 1654 los misioneros jesuitas, y redujeron "las tres dilatadas provincias de noanamaes, citaraes y chocoes, bárbaras y

belicosas, y que contaban cada una, según los cronistas, de veinte a veinticinco mil individuos, con un gobierno regular y acostumbrados a vivir en poblaciones y no dispersos por las selvas". Estas tribus, de las que hicimos mención atrás, pertenecieron a la raza caribe, por ser en aquellos tiempos los caribes los indígenas dominantes en las costas del mar de las Antillas.

Según Humboldt, los caribes se introdujeron por el Orinoco arriba y sometieron a las tribus pacíficas de las Guayanas, subiendo probablemente por el Atrato para someter a los naturales del Chocó, mezclándose con ellos y formando así tribus guerreras que, aunque con dialectos distintos y ocupadoras de regiones apartadas eran, sin embargo, afines y aliadas naturales.

Cuando sobrevino la conquista, los noanamaes ocupaban las vertientes de la hoya del San Juan, los citaraes las del Atrato, y los chocoes las del Baudó y las costas del Pacífico. Nóvita era la capital de los primeros, Citará la de los segundos, y el Morro de Baudó la de los terceros. Dispuestas de esta suerte hallaron las cosas los jesuitas, cuyos primeros misioneros, Pedro de Cáceres y Francisco de Orba, sin otra arma que la cruz, conquistaron el Chocó a la verdadera civilización cristiana, y fundaron allí centros de cultura considerables, que hoy son eriales para mengua nuestra y de la república.

Después de los Padres Cáceres y Orba entró al Chocó en 1672 el Padre Antonio Marzal con dos sacerdotes compañeros, y más tarde, en 1685, el Padre Juan Izquierdo. Esta conquista espiritual duró por espacio de treinta y siete años, hasta que en 1687 los misioneros jesuitas pasaron al Maraón contratados por el Gobierno de Portugal, y dejando al Chocó debidamente adoctrinado y en poder de los curas de almas que los gobernadores del Nuevo Reino habían establecido en varios de los pueblos fundados en el interior.

En vista de la obra prodigiosa de colonización llevada a cabo por estos insignes misioneros en regiones hoy abandonadas, por las cuales el viajero transita con inmensas dificultades a través de las selvas desiertas, donde no habitan sino restos miserables de las tribus que las poblaban, cabe preguntar: ¿qué honor nos puede caber por la posesión de esas tierras lejanas completamente abandonadas por los gobiernos republicanos, y donde no hemos siquiera acertado a conservar lo que la fe y el valor castellanos supieron fundar en épocas remotas y de dificultades enormes para la entonces naciente civilización moderna?

Las anteriores consideraciones nos obligan a reproducir aquí parte de un artículo de defensa y propaganda que publicamos no ha mucho en la revista "CROMOS" de Bogotá. Allí decimos:

"Cuentan las crónicas que el fundador del Banco de Escocia, primera institución de su clase en el mundo civilizado, hizo sus armas iniciales como organizador, fundando cerca de las minas de

Santa María la Antigua del Darién, la ciudad de Nueva Caledonia. Esta colonia escocesa contó con el apoyo de los monarcas de Inglaterra, que, celosos del poderío español en América, querían arruinarlo en el Darién, corazón de oro de las Indias, de donde salían aquellos galeones de Contratación de Sevilla, repletos de riqueza hasta por los peñoles de la Santa Bárbara. En aquella edad de oro para las costas del Darién, subían por el Atrato los bucaneros ingleses en busca del codiciado metal que robaban de los reales indefensos de la Colonia y surcaban el mar Caribe los filibusteros de Drake, mientras que las galeras españolas, cubiertas de gloria en Lepanto, transportaban a Cartagena de Indias cargamentos de negros comprados en Senegal o Senegambia”.

“Los piratas ingleses atacaron a los dominios de Castilla durante aquellas épocas de aventuras románticas, en múltiples ocasiones, siempre que el oro y la platina, extraídos de las minas del Espíritu Santo de Cana, de Citará o Nóvita, juntamente con las conchas de madreperla del Darién, tentaron su codicia, pues justamente podía considerarse entonces la región comprendida entre Castilla de Oro y las tierras descubiertas por don Pascual de Andagoya, como asiento de El Dorado de los conquistadores”.

“De la fundación de Nueva Caledonia, no quedaron años después, como de los restos de Santa María la Antigua del Darién, ni el recuerdo entre los naturales que continuaron surcando en sus piraguas las ciénagas del Golfo de Urabá, mientras se derruía el poderío español en las Indias Occidentales y el buen Rey don Felipe V, se admiraba del peso en castellanos que representaron las murallas de Cartagena.”

“¡Epoca seductora de aventuras caballerescas aquella en que don Blas de Lezo, con un puñado de valientes, derrotaba al Almirante Vernón, en Cartagena; en que los capitanes filibusteros Coxon y Cook subían el Atrato para el Real de minas de Quibdó, para robar las fabulosas riquezas del Chocó, y en que los buques negreros españoles libraban con los navíos ingleses del Caribe fieros combates para llevar sana y salva su mercancía de carne humana a los placeres del Andágueda, del San Juan y del Atrato! Epoca ésta que pasó por sobre las costas del Darién y del mar de Balboa como recuento de épicas hazañas, con cargamentos de oro y perlas, con lágrimas de esclavos, quejas de los indios vencidos y duros mandatos de los conquistadores, grandes en su audacia, en su crueldad y en su codicia”.

“Ciertamente parecerá extraño el deseo de resucitar viejas tradiciones e historias añejas para hablar del Chocó de hoy, región colombiana que explota con los métodos científicos de ogaño, el capital americano de Wall-Street; empero, la extrañeza que apareja tal deseo se desvanece al hacer el paralelo entre lo que fue la región occidental de Colombia, en épocas coloniales, con lo

que es hoy bajo la prudente y sabia administración de la República".

"Cuando el expeditivo creador de la organización bancaria del mundo puso sus ojos en la comarca del Darién para fundar allí una colonia modelo que absorviera las actividades comerciales de las Indias, las riquezas extraídas de Cana y del Atrato, la importancia aurífera del Chocó y el desarrollo del comercio entre el Atrato y el San Juan, sostenido por los ricos propietarios de Buga, Cartago y Popayán, justificaban ampliamente las miras codiciosas del gobierno inglés, que deseaba herir en el corazón la supremacía marítima y comercial de España. No es, pues, puro lirismo la evocación que hacemos de épocas mejores para las regiones chocoanas, cuando pueblos enteros de negros en Citará, Sipí o Nóvita la Antigua, llenaban las arcas reales con el producto de las minas y eran asiento de un activo intercambio con el Valle del Cauca. En esta evocación existe un sincero deseo de reevaluar en favor de la Colonia los méritos que no hallamos en la organización actual, y el anhelo de que para la patria colombiana no sobrevenga, tarde o temprano, la ruina de sus posesiones territoriales — en la forma que para España previó el Conde de Aranda— con la total mutilación de un territorio ya segregado en parte por Castilla del Oro".

"Comparemos la situación de las regiones chocoanas, cuando el cronista don Juan de Castellanos escribía:

**"Porque la tierra toda va sembrada  
De venas caudalosas de buen oro,  
Vistas y cateadas por los nuestros  
En diferentes ríos y quebradas".**

con lo que ocurre hoy con los ardientes páramos que se extienden de Sipí a Nóvita y de Noanamá a Negría, por selvas despobladas y ruínas de ciudades, trabajos de minas y caminos que fueron y no existen".

"En ninguna parte como en el Chocó contrista tanto el ánimo patriota la comparación desfavorable que se hace entre el estado actual y el de épocas pretéritas. Ya el conocido ingeniero de minas Mr. Roberto B. White, en el año de 1878, decía:

"Este país —El Chocó— sería aún rico si la emancipación de los esclavos no hubiera venido a cortar el nervio vital de la cuestión del oro y a dejarlo con su riqueza sepultada y con la salvaje original que le caracteriza. Este golpe mortal a la explotación en grande de las minas del Chocó fué dado en 1851. Los ricos propietarios de esclavos perdieron, en primer lugar, el gran capital productivo representado por las cuadrillas de esclavos, y se hallaron en la obligación de reemplazarlo por un nuevo capital, el dinero, si querían continuar explotando sus minas, y pagar a-

demás los jornales. Pero esta nueva empresa fue aún más gravemente impedida por el carácter de los esclavos manumisos que se hallaban en posesión de su independencia, y también por las revueltas políticas que desde esta época hasta el año de 1865, paralizaron todos los esfuerzos que habían podido hacerse para beneficiar de nuevo las minas. Los negros continuaron sacando oro por su propia cuenta en los puntos más favorables, y donde se requiere escasa labor, con el único fin de atender a sus diarias necesidades; pero como éstas son pequeñas, y es aún menor su ambición, se entregaron a la pereza que los caracteriza y sacaron apenas bastante oro para comprar vestidos y aguardiente".

"La cita anterior no quiere decir que un filántropo moderno y un financista de actualidad aboguen por la continuación de la esclavitud en el Chocó, pues la abolición de la trata de negros es cosa juzgada por la Historia. Si un hombre de negocios y un patriota de ogaño lamentan la extinción de la raza negra víctima de la incuria de las autoridades nacionales que han debido velar sobre ella conservándola bajo tutela prudente, lo hacen basándose en datos estadísticos que demuestran de modo palmario cómo lo que aún existe en las ricas regiones chocoanas es miserable residuo de grandezas pasadas".

"En los tiempos coloniales, cuando el Chocó mereció su fama de Potosí neo-granadino, y la leyenda atrajo la atención de hombres como Humboldt, Cochrane, Boussingault, Trautwine, André, Saffray, Molliens, Caldas y otros, se extrajeron del Chocó cerca de 200 millones de pesos en oro, además de la platina, según se decía entonces, empleando para ello procedimientos rudimentarios, juntamente con los brazos de los esclavos que vivían en la región. Qué no se podrían hacer hoy con elementos mecánicos como los que la industria moderna pone en manos del minero?

"Ya a mediados del siglo pasado decía Codazzi: "Si los negros tuviesen un poco más de interés, el oro recogido de la hoya del Atrato no bajaría de 2.000.000 de pesos al año"... Computando igual o mayor suma para la región de San Juan, pensó Codazzi en 4 o 5 millones de pesos anuales como producción de oro en el Chocó, contando con el concurso de los negros manumisos".

"Si nos respaldamos en tan competentes autoridades y pensamos en el auge actual del platino, que vale once veces más que el oro, cuál no sería de una región que produjera de ocho a diez millones de pesos por año, solamente como producto de sus minas, y como rédito del esfuerzo de sus habitantes? No estaría el Chocó hoy a la cabeza del país, surcado por caminos mejores que los de la Colonia; con poblaciones florecientes de negros educados y fortalecidos por la higiene y provistos de elementos industriales siquiera iguales a los que contaba bajo la administración

del Virrey Messía de la Zerda y del Gobernador don Andrés de Ariza?

"Ciertamente si hacemos la evocación del pasado en estos renglones no cedemos a las insinuaciones del lirismo que nos aconseja llorar en presencia de las ruínas con temperamento elegiaco. Algo más práctico conmueve nuestros sentimientos patriotas al contemplar cómo al lado de nuestra grandeza nacional arruinada en el Chocó, se alza un poder extraño que con el tiempo sabrá aprovechar las riquezas naturales de la región. Por eso hemos insistido en comparar el Darién de antaño con el Chocó actual, para que se analicen por las personalidades competentes las causas de un atraso injustificable".

"Bajo la administración española eran poblaciones florecientes Nóvita, Noanamá, Sipí, Viro-viro, Lloró, Cajón, San Pablo, Tadó, Bebará, Juntas de Tamaná, etc.; se explotaba el oro de los ríos en el Atrato, el San Juan, el Cértégui, el Quito, el Andágueda, el Cabí, el Bebaramá, el Murri, el Tamaná, el Santa Rita, el Iró, el Sipí, el Ingará, el Condoto, el Cajón, el Opopodó, etc.; se iniciaba una campaña eficaz en pro de la explotación del platino que hacía conocer oficialmente en Europa don Carlos III; se comunicaba el Chocó con el Valle del Cauca y Antioquia por medio de caminos de herradura, cuyas huellas aún se encuentran en medio de la selva; se hacía un activo comercio por los ríos navegables, y se protegía de la raza negra por medio de leyes saludables como las dictadas tan sabiamente para beneficio de los Resguardos de Indígenas. Hoy en presencia de las ruínas de Toro-Viejo, de Sipí, de Nóvita la Antigua, de Juntas, de Viro-Viro, de Noanamá —al recordar la grandeza pretérita de Santa María del Darién— y en vista de las destrucciones del tiempo implacable: sangre del corazón lloran los ojos".

"Del Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España, del Barón de Humboldt, mucho pudiéramos tomar que confirmara nuestra tesis pesimista, si las dimensiones de un artículo corto de periódico lo permitieran, y si no temiéramos continuar ofendiendo el ánimo optimista de los Administradores del Chocó que se complacen en los programas de una ilusoria prosperidad, perfectamente insostenibles en presencia de las estadísticas y de la Historia".

Sobre este capítulo de la ventajosa y científica explotación que del Chocó hicieron los españoles, pudiéramos extendernos muy mucho, pues cuantioso es el acervo de documentos que guardan los archivos al respecto; empero, como los límites reducidos de este trabajo nos lo impiden, queremos sólo tratar levemente de dos exponentes coloniales de primer orden: don Andrés de Ariza y don Juan José D'Elhúyar, quienes en relación al Chocó dieron muestras palmarias de la capacidad técnica colonizadora de la madre España.



Sin duda alguna, cuando el Darién y el Chocó entren por fin dentro de la economía del país, y la riqueza del platino extraído por las Compañías extranjeras, ponga de relieve su importancia en Colombia, el nombre del caballero español don Andrés de Ariza será pronunciado con veneración y respeto. Diez y seis años de su vida consagró el señor Ariza y Puga al estudio de la región, para hacerla conocer debidamente en la Corte de Madrid, dejando informes que con gusto suscribiera el más metuculoso de los Intendentes de ogaño.

Según don Ramón Ignacio Escavias de Carvajal, Coronel de Infantería al servicio del Rey en Nueva Granada, fue Ariza un ingeniero competentísimo que en unión del Brigadier don Antonio Arévalo levantó los mapas de Caledonia, Bocas del río Atrato y Golfo del Darién. Conocido su mérito y aplicación por el Virrey Messía de la Zerda, fue comisionado para descubrir el istmo comprendido entre los puertos de Caledonia y Sabanas, habiendo levantado mapas prolijos de la región por orden del Virrey Manuel Antonio Flórez, quien supo estimar la laboriosidad y el talento de ese servidor público, al igual de su antecesor. Una completa colección de mapas regionales; mil informes copiosos sobre el laboreo de las minas; indicaciones técnicas relativas al aprovechamiento agrícola del Chocó; estadísticas nacientes e informaciones precisas respecto a la situación económica del país, constituyen la obra de Ariza desde 1759 hasta 1781. Oigámosle cuando habla al Gobierno de Madrid: "Me puedo lisonjear de que desde que Vasco Núñez conquistó esta provincia no ha habido en ella otro que con todas sus fuerzas trabajase más que yo, ni aprovechase más en beneficio de la Patria, habiéndola puesto en pie de aumento y seguridad tal que no podrá retroceder, a menos que de una vez el Gobierno la abandone... Yo he dado a luz su importancia por medio de mapas y exactas relaciones... Y no se piense, que sólo a costa del Rey la aumenté, fortifiqué y le hice templos, porque me gasté yo fervoroso de mi propio peculio que del real erario".

Las sencillas palabras transcritas, dan la clave de la prosperidad del Chocó y del Darién en épocas coloniales, cuando don Antonio Caballero y Góngora, Arzobispo y Virrey, administraba los bienes terrenales de sus súbditos con espíritu de administración técnica y eficaz que bien pudiéramos desear para los tiempos presentes de inmenso desbarajuste administrativo, de claudicación y de medro, de incuria y de mala fe.

Doblando esta doliente hoja ocupémonos brevemente del sabio D'Elhúyar, honor de la Colonia, al igual de Mutis y Esquiaqui.

Deseoso el Virrey-Arzobispo de atender al fomento de la industria minera, ocurrió a la Corte de Madrid pidiendo se mandasen dos profesores instruídos, costeados de sus rentas para que fundasen escuelas y enseñasen el arte de beneficiar los metales

y la explotación de minas. En consecuencia por real cédula de 31 de diciembre de 1783, se dispuso el envío de don Juan José D'Elhúyar y don Angel Díaz.

Estudiante en París de física, matemáticas y ciencias naturales; miembro del Instituto metalúrgico de Freiberg, en el Electorado de Sajonia; fundidor de minas de plata, cobre, estaño y hierro en Bohemia; práctico de minas en Hungría, Harz, Suecia y Noruega y experto en materias anexas al oficio de ingeniero, D'Elhúyar representa el esfuerzo técnico de la Colonia con un prestigio igual, si no superior, al del sabio Mutis. Por eso cuando le vemos ocupado en estudiar técnicamente el laboreo de las minas del Chocó y en hallar métodos para separar el platino del oro, no podemos menos de admirar la previsión del Gobierno español que supo valerse de expertos competentes siempre y cuando la explotación del territorio lo requirió; que asoció a estos técnicos con los elementos convenientes y los proveyó de prestigio y auxilios oportunos. Hacemos ahora otro tanto?

Al hablar del elemento técnico que en el Chocó procuró organizar la administración eficaz de las tierras colonizadas, cabe hablar aquí de la introducción de esclavos africanos, juzgados por los técnicos e ingenieros como base indispensable para el laboreo de las minas.

Atrás dijimos que la trata de negros ha sido juzgada por la historia y que no nos corresponde criticar una organización más o menos moral que dió días de prosperidad al Chocó; limitándonos a relatar cómo desde el principio del siglo XVIII, los negros esclavos constituyeron gran parte de la riqueza de la región apropiada por su clima y demás condiciones físicas, al desarrollo de la raza pobladora del Africa ecuatorial.

Los continuas quejas de los misioneros, desde tiempos del Padre Las Casas, y los informes de Gobernadores y Virreyes, hicieron notar al Gobierno de la Metrópoli que los indios no podían someterse a una disciplina en pugna con sus métodos independientes de existencia y que el laboreo de las minas con sus manos era una utopía y un error social. Entonces se toleró la trata de negros por el río Atrato para hacer el ensayo de una aclimatación racional.

Ciertamente bajo el punto de vista del humanitarismo, la conducción de rebaños humanos desde Dahomey hasta las costas del Darién; la compra de seres conscientes a quienes se obligaba a trabajar en condiciones muy duras y los abusos a que todo esto daba lugar, eran cosas muy censurables; empero, sería más humano el abandono en que después se tuvo a los esclavos manumisos que perecieron aislados, víctimas del hambre, de la incuria, de las mil enfermedades que no sabían combatir y de esa misma inercia propia de la raza?

Por razones humanitarias, precisamente, se suprimieron las



BIBLIOTECA

mitas de indios y se introdujeron esclavos africanos, sin cuyo concurso habría sido prácticamente imposible la explotación del Chocó, como lo explica D'Elhúyar en un luminoso informe sobre establecimiento de un cuerpo de minería en el Nuevo Reino de Granada. Además de esto, la esclavitud correspondía a una necesidad de los mismos desgraciados comprados en las costas de Guinea o del Congo y que mejoraban de situación en el Chocó, donde no se hallaban expuestos a las crueles venganzas de tribu y a las sangrientas revueltas cuando caían prisioneros de sus semejantes para ser sacrificados ante la fiera superstición o vendidos en los mercados a trueque de pólvora y aguardiente.

En el Chocó los dueños de esclavos tenían interés en conservarlos en completo estado de salud y se guardaban, por propia conveniencia, de aniquilarlos en un trabajo abrumador, sin elementos para atender a su subsistencia. También se cuidaban de su educación moral, pues ello garantizaba la docilidad de los peones, su buena voluntad y, por consiguiente, su eficacia en el trabajo. Qué perdían entonces los esclavos al abandonar una patria que era un mito para ellos, ganando en cambio la adopción de una tierra donde rápidamente se mezclaron con blancos e indios, conquistando una hegemonía racial que aún subsiste?

Esta mezcla entre indios y blancos con los negros dió por resultado en el Chocó, además del mestizaje, la formación de zambos y mulatos, en condiciones especiales de vigor, como lo estudió José María Samper en su libro, *Las Repúblicas colombianas*.

Etnográficamente acabó por prevalecer en el Chocó el tipo del negro puro o del zambo, por cuanto las condiciones climáticas son adversas a la colonización de la raza blanca y los indios no pudieron acostumbrarse al trabajo ordenado, que las condiciones de una incipiente civilización les imponía.

Para nuestro propósito no juzgamos necesario continuar detallando la historia del Chocó desde el año de 1739, cuando las Tenencias que formaban la división política de la región, se integraron en la Provincia del Chocó con capital Nóvita.

Bajo la República, el Chocó ha sufrido las vicisitudes de Colonia, con las guerras civiles y los malos gobiernos. Para qué entristecer el ánimo del lector con el recuento de miserias, luchas fratricidas y errores administrativos? Pongamos punto final a este capítulo a la manera de Plutarco: con dignidad y entereza.

---

Nota 1<sup>a</sup>.—Incluimos en esta reseña histórica al Darién y a Santa María la Antigua, como partes integrantes del Chocó, porque las relaciones geográficas e históricas así lo exigen.

Nota 2<sup>a</sup>.—Sobre este punto es muy interesante la carta escrita al Rey por Vasco Núñez de Balboa.

## LA EXPLOTACION MINERA DEL CHOCO

En otra parte decimos cómo en épocas remotas los ricos yacimientos de oro de Sipí, Cajones, Viro-Viro, San Juan, Tamaná, Nóvita, etc., eran explotados por los españoles que dejaron por todas partes pruebas inequívocas de trabajos intensos de laboreo. Probablemente entre las arenas auríferas que varequeaban (1) los negros esclavos empleados en las minas, había también platino que se desechaba por inútil, ignorándose entonces este metal que carecía de empleo en la industria y no había entrado en la corriente de la moda. Sólo hasta hace pocos años aprendieron los veraqueadores chocoanos a recoger platino con preferencia al oro nativo, que fue perdiendo su importancia a medida que la adquiría muy grande el metal blanco y casi infusible, de densidad mayor que la del oro y de innumerables aplicaciones en la industria eléctrica, en la joyería y en las industrias químicas.

Con la guerra europea sobrevino la casi paralización de las minas de platino de los montes Urales y de los dominios siberianos del Zar. Cesando de esta suerte la competencia del platino ruso en los mercados y aumentando por otra parte la demanda del metal para explotadores de explosivos y motores de aviación, tractores, etc., etc., sucedió que el platino vino a adquirir los precios fabulosos que aún rigen. Tales precios hacen perfectamente imposible la extracción del oro en el Chocó, pues mientras que un castellano de oro vale en Condoto próximamente dos pesos, uno de platino alcanza a venderse en veintidós!

Nadie, pues, se dedica al laboreo del oro, y en los lugares donde no hay sino este último metal, las gentes se contentan con vegetar en espera de un porvenir más halagüeño. Todo el mundo ha emigrado de Nóvita, Sipí, Tamaná y Bajo San Juan hacia Opogodó y Condoto, hacia la riquísima región platinífera comprendida entre el río Opogodó, el río Cajones, el San Juan, hasta Andagoya, el río Iró y el río Condoto.

Prácticamente no se ha encontrado platino en el Chocó sino en esta porción reducida de territorio, del cual es centro la pobla-

(1) Varequear - Lavar en batea.

ción de Condoto, miserable caserío hará unos años, hoy centro comercial de primer orden y asiento de la compra y venta del platino que no explotan las Compañías extranjeras.

Estas Compañías, como es natural, explotan el mineral por su propia cuenta, e importan directamente, en buques propios, los elementos que necesitan. Escasamente se valen de los mejores trabajadores indígenas y dejan poquisimo de su peculio en el comercio local.

Siendo tan incipientes los métodos primitivos empleados por los varequeadores indígenas, la competencia que ellos pueden hacer a las Compañías es tan insignificante que una de ellas, la Chocó-Pacífico, da en arrendamiento a los negros sus terrenos de la Lozada por la suma de medio castellano de platino mensual, por cabeza de ocupante, sin que esto merme en nada los depósitos aluviales de Platinero, Los Negritos, y otros de la misma mina de La Lozada, que la Compañía se reserva para explotarlos técnica e intensivamente cuando resuelva el problema de conducción de aguas.

Mientras tanto el empleo de las dragas se impone para lavar las enormes cantidades de cascajo platinifero que se extienden en una capa uniforme sobre el piso inerte que sirvió a los ríos primitivos de lecho, donde depositaron el material de acarreo arrancado de la Cordillera.

Las dragas penetran por los ríos actuales, el Opogodó, el Iró, el Condoto, el San Juan, etc., que les sirven de base de operaciones, y una vez en el sitio conveniente atacan los barrancos de la orilla para ir comiendo terreno en el sentido en el cual las perforaciones exploradoras indican haber corrido las corrientes primitivas que aportaron el platino entre los minerales de acarreo.

Nada más interesante que el trabajo de estas dragas que alcanzan a profundizar diez metros por debajo del nivel de las aguas de los ríos y mueven sus cuévanos de arranque hasta la profundidad en que se encuentra la roca primitiva que sirve de asiento a los terrenos modernos de caliche y cascajo donde se encuentra el platino.

Una cuadrilla de peones rotura primero la selva de la orilla y saca los troncos cortados, las ramas y la hojarasca para quemarlos cuando el tiempo lo permite, y otra corta y aparta las raíces hasta donde es posible, para aflojarlas y facilitar así el trabajo de la draga.

Una vez terminados estos preparativos preliminares, la draga se apoya en recios cables de acero que la sujetan a la orilla y por medio de cabrestantes y tornos de gran potencia hace presión contra el barranco, en el fondo, por el filo de los cuévanos o cucharas que atacan oblicuamente, de manera de socavar por debajo y precipitar la caída de los troncos y raíces que aún resisten los esfuer-

zos superficiales hechos por los rozadores y cavadores de tierra firme.

Como las cucharas se mueven en un plano vertical, con la inclinación hacia adelante que necesita el terreno, es preciso a cada instante mover la draga horizontalmente para que la barranca caiga por porciones de veinte o treinta metros de longitud, permitiendo la paulatina formación de un lago por donde penetra la embarcación toda. Este movimiento horizontal de babor a estribor, como de rotación alrededor del eje vertical de la draga, se imprime por medio de cabrestantes o molinetes tan poderosos como los que tiran los cables de avance y comprimen el aparato contra la orilla.

Las cucharas dichas son a manera de cajas de sección trapezoidal, de acero fundido, y están provistas por el borde exterior de una cuchilla de acero al tungsteno, sumamente duro pero que aún así es necesario renovar cada 6 meses de trabajo, por lo fuerte del desgaste producido por el frote contra los guijarros que recoge la caja o cuévano. Cada una de estas cajas pesa alrededor de media tonelada y está cogida a una cadena sin fin de gruesos eslabones planos, por pernos de acero que también hay que renovar frecuentemente.

La cadena de cuévanos semeja a una noria gigantesca que se moviera en un plano inclinado, de adelante hacia atrás de la draga, en la proa de ésta y se sostiene de una grúa poderosa manejada a voluntad para dfragar a la profundidad requerida. Es claro que la cadena de cajas que raspan contra el barranco de la orilla se mueve lentamente, pues es enorme el esfuerzo representado por el arrastre de un cuarto de metro cúbico de guijarros duramente asentados en el fondo, y que es lo que corresponde a cada cuchara o cuévano. La cadena de cucharas se mueve sobre rodillos de acero colocados en un plano inclinado y engrana con una gran rueda de acero que recibe su movimiento de un conjunto de ruedas dentadas, impulsadas por el mecanismo motor del aparato.

Hasta aquí la complicación de la draga no es mucha, y fácilmente se da uno cuenta de su funcionamiento viéndola trabajar; lo que es complicado y demanda técnica superior para ser comprendido, es el mecanismo del tren destinado al lavado, selección, arrastre y evacuación del material echado por las cucharas sobre el gran cilindro giratorio donde sufre un primer lavado y donde los gruesos guijarros se separan del sedimento que contiene el platino.

Hay dragas que poseen zarandas de mallas de diversas secciones y que se mueven recibiendo un chorro de agua para lavar completamente el material grueso. En otras existe el cilindro lavador dicho, según el sistema adoptado para la decantación del platino y del oro que son las partículas más pesadas, y naturalmente van al fondo de los depósitos oscilantes, donde se opera una segunda selección. En vez de la gravedad se puede operar por

fuerza centrífuga para la separación del resto del lavado que se hace al abrigo de miradas indiscretas, pues naturalmente los empresarios de las dragas tienen interés en que se ignore la cuantía del mineral extraído por metro cúbico de terreno dragado.

En la draga número 2 de la Chocó-Pacífico, la grúa vertical que sostiene el cadenón de cucharas, los cabrestantes que mueven horizontalmente la draga, las bombas poderosas que lanzan torrentes de agua a los aparatos lavadores, los motores de arrastre del cascajo lavado hacia el exterior, etc., etc., todo se mueve eléctricamente, merced al concurso de una instalación eléctrica de primer orden. Consta ésta de un par turbo-generador de 350 kilovatios, de corriente alterna, movido por el vapor de tres calderas verticales en las cuales se quema aceite crudo traído del extranjero. Los 350 kilovatios dichos se reparten entre la infinidad de motores de uso diverso que se encuentran acondicionados admirablemente por una red de conductores inteligentemente distribuida. Todo en esta draga es de lo más moderno y justifica su precio, que se nos dijo pasaba de quinientos mil pesos oro.

Alguien tacharía esta descripción de enojosa, mas la hemos creído necesaria, porque el lector colombiano debe impresionarse fuertemente con la idea de que la explotación deficiente de los terrenos de aluvión en Opogodó y Condoto no es cosa fácil, ni permite el desarrollo de planes mezquinos con capitales miserablemente ridículos.

Con este objeto debería agregarse que dicha draga número 2 quema de 50 a 60 barricas de aceite crudo por día de 12 horas de trabajo, que cada barrica equivale a 500 litros, por lo menos, y que sólo se puede dragar alrededor de 3.000 metros cúbicos de material durante las 12 horas anotadas.

Para el manejo de esta draga se requiere un personal numeroso y competente. Mecánicos, electricistas, fogoneros, pilotos, mineros, ensayadores, oficiales técnicos, etc., etc.; andan por pasillos y escaleras, penetran con escafandras bajo el casco de la nave, reparan y aceitan los mecanismos, dirigen las maniobras, ensayan muestras del mineral que arrancan las cucharas, lavan el platino, lo separan y avientan para dejarlo enteramente puro, y, en fin, dirigen todas estas maniobras, y como expertos contadores recuentan minuciosamente los gastos para enviar a Andagoya un resumen semanal de ellos.

Naturalmente este personal numeroso tiene alojamiento y comida dentro de la misma draga, acomodándose en camarotes higiénicos hasta donde es posible, y gozando de una alimentación sana y abundante importada de los Estados Unidos.

Da todo esto una sensación de superioridad y eficacia tales, que el viajero que ha descendido el San Juan en una canoa tosca y sucia, expuesto a los rigores del sol tropical del clima y a los efectos de torrenciales aguaceros, olvida que se halla en el cen-

tro de una selva inculta, y muy lejos de la civilización productora de los mecanismos que admira.

Actualmente tiene la Chocó-Pacífico cuatro de estas dragas: dos en el San Juan entre el Tronco y Andagoya, y dos en el río Condoto, una arriba y la otra abajo de la población del mismo nombre. Según parece ha hecho pedido de otras dos, dotadas de elementos para aprovechar la energía eléctrica que tomará en el río Andágueda, a muchos kilómetros de distancia de los sitios de utilización.

La planta hidroeléctrica que montará la Compañía en el Andágueda será inicialmente de 2.000 kilovatios para servir eléctricamente sus seis dragas en operación, sus talleres en Andagoya, la línea férrea que partiendo de este último punto, termina en el embarcadero de aceite que ha establecido sobre el río Condoto y, de paso, las poblaciones de Condoto Istmina, Cajones, Opogodó y Primavera, que se podrían dar el lujo de un alumbrado magnífico.

Como centro de operaciones posee la Chocó-Pacífico en Andagoya todos los elementos necesarios para la correcta administración de la empresa. Varios edificios para oficinas y habitaciones de empleados, dispensarios servidos por eminentes esculapios que tienen a su disposición los elementos necesarios para atender a propios y extraños, lavandería por vapor al estilo de los laundries americanos, fábrica de hielo, almacenes y depósitos, talleres provistos de grúas, tornos, forjas, cepilladoras, soldadores de gas, etc., etc. Y por último, habitaciones para los obreros, cómodas, higiénicas, provistas de alambrados para defender a los habitantes del zancudo y servidas por agua abundante de un buen acueducto que permite el uso del watercloset. Todo esto, claro está, es servilmente imitado de la zona del Canal, con un servilismo artístico enteramente yanki. Pero esto qué importa? Será indispensable el sentido artístico en medio de una naturaleza bravia, donde el hombre sólo puede poner tonos de pequeñísimos retoques, para atemperar algo la viveza del trópico?

Para introducir sus elementos cuenta la Chocó-Pacífico con una flotilla con la cual hace servicio en el San Juan: lanchas de gasolina para subir de El Tronco, donde hay una bodega, hasta Andagoya; el vapor fluvial "San Pablo" y otras embarcaciones menores que sirven en el trayecto comprendido entre "Casa Bonita", abajo de Negria, otra bodega en la margen izquierda del río y Primavera; lanchas o vaporcitos de hélice y quilla, como el Alicia quevan hasta Buenaventura, atravesando el brazo de mar que separa la bocana del San Juan de ese puerto.

Resumiendo diremos que la Chocó-Pacífico contará a fines del corriente año con los siguientes elementos para la explotación científica de su feudo:



Seis dragas movidas por energía eléctrica;  
Una planta hidroeléctrica importante;  
Talleres de reparación y bodegas dondequiera que sean necesarios;

Una población enteramente yanqui, como Andagoya, donde no estaría mal jugar golf y tomar un turf con todo el confort del caso.

Y una flotilla con grúas apropiadas en Casa-bonita, El Tronco y Andagoya.

Además de esto, puede contar con colonias o establecimientos aislados, pero unidos telefónicamente con el centro de operaciones, tales como el que existe con todo lo necesario, en la confluencia del río Iró con el Condoto.

Para hacer frente a esta competencia con qué elementos cuentan los naturales que luchan bravamente en pró de una explotación minera nacional?

Vamos a verlo detalladamente lo que es una colonia de negros en Platinero o en la Lozana.

Saliendo el viajero de Opogodó hacia Condoto encuentra un paisaje singular que le recuerda la descripción de los campamentos de esclavos en los Estados Unidos, hecha por Mr. Harriett Beecher Stowe en su libro celeberrimo "La Cabaña del Tío Tom". Bajo un cielo plomizo, de ordinario, que amenaza lluvia, se mueven centenares de negros de todo sexo, edad y condición, con los pies encenegados entre el charco donde varequean y la cabeza al aire o simplemente cubierta con un tosco sombrero de palma. En el horizonte verdean algunas colinas bajas de aspecto sombrío, mientras que más cerca las cabañas de los moradores, agrupadas caprichosamente, semejan toldas de algún pueblo nómada, sin rumbo y sin historia. De vez en cuando, entre la ranchería infeliz se alza una cabaña más lujosa que el resto, de tablas y con cubierta oxidada de teja metálica. Allí está el estanquillo donde el sudor se convierte en aguardiente, y donde el traficante rapaz no espera a que llegue el domingo, día en el cual los negros venden el platino de la semana en Condoto, para trocar sus artículos vendidos a precio de oro, por las partículas lavadas tan penosamente por los seres desgraciados a quienes explota.

Cada varequeador está provisto de una batea de forma singular, que remeda de lejos el escudo de los hotentotes, con la cual precipita las partículas densas del material lavado mediante un movimiento combinado de oscilación y rotación que sólo los expertos pueden imitar. De la arena y del barro calichoso que los cavadores van sacando de la mina, toma porciones no mayores de dos o tres decímetros cúbicos, y las lava sumergiendo la batea entre el agua cenagosa de la misma mina, hasta obtener un residuo muy denso, de color negruzco donde ordinariamente brillan partículas de aspecto metálico. Luego toma este residuo, lo agi-

ta en la batea con el movimiento peculiar dicho, y siempre añadiendo agua, logra precipitar el platino que pinta, como se dice en el lenguaje clásico, en una cintica pequeñísima.

A veces el afortunado varequeador saca una gruesa pepita o punta como dicen en Condoto, de varios castellanos de peso, y entonces considera que se ha sacado el premio gordo de la lotería y con la inconsciencia de un niño inexperto lo vende a cualquier precio y corre a trocar por aguardiente aquella ganga obsequio de la suerte veleidosa sin que nada le reste a la postre para mejorar sus condiciones personales o las de su familia.

Otras veces —naturalmente son las más— pasan días enteros por la batea del varequeador encorvado bajo un sol tropical que cierrite los sesos, y metido hasta la rodilla dentro del agua, sin que la más leve cinta pinte en ella. Entonces conoce las jugadas de la mala suerte y sufre y calla. Modestamente se contenta con reunir el medio castellano mensual de arrendamiento a la Compañía, y con filosófica resignación espera épocas mejores. A él, qué más le da? Conoce acaso las necesidades de la familia o piensa en el aliciente de la mejora personal, con aspiraciones hacia lo noble y levantado? ¿Quién le ha enseñado el avalúo de su conciencia y el sentimiento de su personalidad? Es libre, pero como si no lo fuera.

Para surtir de material a los varequeadores se hacen desmontes o tajo abierto, que se echan por canalones por donde corre una agua cenagosa y escasa cuando llueve. Si llega un verano de pocos días, se paran forzosamente los trabajos en las minas, de suerte que necesitan los habitantes de Platinero y los Negritos que materialmente se derritan las nubes para trabajar con éxito; es decir, que los varequeadores deben por fuerza estar sometidos a un régimen de sol canicular y aguaceros torrenciales para poder vivir, y esto con los pies dentro del agua y el estómago vacío. Ni de hierro que fueran!

Hemos procurado dar una idea somera de la industria que alimenta al comercio de Condoto. También hemos esbozado brevemente la labor de las Compañías explotadoras del platino del Chocó, y creemos que el lector puede juzgar de la desigualdad en proporciones existente entre uno y otro beneficio, para llevar a su ánimo patriota el deseo de efectuar un serio estudio sobre la materia. En capítulo aparte nosotros nos propondremos afrontar el problema de las razas y ligarlo directamente con el incipiente laboreo colombiano de las minas de platino.